

REVISTA SOCIALISTA

Año I
Núm. 9

PUBLICACION MENSUAL
DE LA S. A. EDITORA "LA VANGUARDIA"

FEBRERO 1931

Sumario

ROMULO BOGLIOLO		
El problema monetario	Pág.	81
ROMEO FERRARA		
Nuestros problemas rurales	"	92
RODOLFO WEISS		
La crisis agraria	"	109
NOE JORDANIA		
El problema socialista de los dos proletariados	"	112
ALBERT THOMAS		
La importancia económica actual de las organizaciones cooperativas	"	120
ERNESTO E. FRANK		
La teoría de las crisis en la doctrina socialista de la Alemania contemporánea	"	129
EMANUEL SUDA		
La lucha por el alma del campesino	"	133
LEON BLUM		
La crisis económica	"	133
ETIENNE ANTONELLI		
Problema individual y derecho colectivo	"	141
IDEAS Y COMENTARIOS		
Socialismo y parlamentarismo, R. B. — El fracaso de un sistema impositivo, R. B.	"	145
INFORMACIONES NACIONALES		Pág. 147
El congreso socialista santafesino. — La comuna socialista de Sunchales. — El congreso socialista cordobés.		
MOVIMIENTO GREMIAL Y COOPERATIVO		Pág. 149
Comisiones de reclamo, A. L. — Las actividades gremiales. — La cooperación libre y la crisis económica. — Federación Sindical Internacional. — Congreso de empleados belgas.		
NOTAS INTERNACIONALES		Pág. 155
Un poeta socialista. — Los estudiantes socialistas belgas. — Sociedad de juristas socialistas suizos. — Elecciones comunales en Finlandia. — Las mujeres laboristas. — Reformas socialistas a la organización escolar danesa. — Los laboristas y la desocupación. — La desocupación en Bélgica y los socialistas. — Socialistas y comunistas. — Elecciones municipales en Budapest. — Subvenciones a escuelas religiosas en Bélgica. — Elecciones municipales en Suecia. — Actividad de las mujeres socialistas. — Congreso socialista austriaco. — Candidato socialista a la presidencia de Finlandia. — La Internacional de estudiantes socialistas.		

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Rivadavia 2150 - Casa del Pueblo - Buenos Aires

El problema socialista de los dos proletariados

El mundo puede ser dividido, desde el punto de vista de la geografía económica, en tres partes: países *industriales*, países *industriales-agrarios* y países *agrarios*.

Los primeros comprenden, en orden de densidad de población: Inglaterra, Bélgica y Holanda.

En el segundo grupo encontramos: Alemania, Francia, Italia, Checoeslovaquia, Hungría, Austria, Suiza, Dinamarca, Estados Unidos y, en cierta medida, el Japón.

Todos los demás Estados, países o naciones, pertenecen al tercer grupo, de suerte que los países industriales e industriales-agrarios representan islotes desparramados en el mar de países agrícolas.

Si el número de habitantes y la superficie tuviesen una importancia decisiva en la historia humana, la supremacía mundial pertenecería, desde tiempo, a las naciones agrícolas y su civilización sería reconocida como la de la Humanidad. Pero, en realidad, nosotros observamos justamente lo contrario: el número y la superficie han perdido su preponderancia y la minoría — las naciones industriales e industriales-agrarias — han llegado a dominar el mundo.

Este milagro ha sido realizado por el capitalismo.

En tiempos antiguos, un país agrario invadía a otro con el fin de devastarlo y llevarse sus riquezas. Actualmente, un país capitalista se apodera de un país agrario para convertirlo en fuente permanente de su riqueza, para exportar del mismo sistemáticamente las materias primas y alimentos e importar los productos manufacturados. Los países industriales e industriales-agrarios se apoyan cada vez más sobre la economía de los países agrícolas. Es así cómo nació la política colonial capitalista con todas sus consecuencias económicas y políticas; la industria europea no puede marchar sin la ayuda de Asia y África; Inglaterra no podría alimentarse, ni un mes, de su

propio trigo; su industria no podría trabajar, ni una sola semana, con materias primas de origen inglés. Y esto puede afirmarse de toda la Europa occidental, en una medida más o menos grande. Ella ha perdido su independencia económica. Es de esto que ha surgido el *imperialismo capitalista*, es decir, la tendencia a asegurar el desarrollo económico de Europa sometiendo, por fuerza, a pueblos extranjeros, extendiendo sobre ellos su hegemonía (*imperium*).

El capitalismo pasaba, en la época de anteguerra, la etapa del imperialismo franco, puro, violento. La política extranjera del imperialismo capitalista se apoya enteramente sobre la fuerza, sobre las armas. Y como cada país capitalista ejercía su actividad en ese mismo sentido, un antagonismo, una oposición de intereses nació entre ellos. Es esta rivalidad de imperialismos que engendró la guerra mundial.

La política agresiva hacia los países agrarios y los conflictos armados que resultan constituyen, por consiguiente, la característica esencial de la actividad capitalista. Esta característica es la expresión de las leyes de su crecimiento, de leyes inherentes a su naturaleza misma: no hay otros caminos para su desarrollo y existencia.

La guerra mundial asesta un golpe mortal a la raíz misma de ese imperialismo. El movimiento social de los pueblos de Europa y el despertar nacional de los países agrarios se convierten en frenos para el capitalismo. Estos dos movimientos paralelos tienden en realidad al mismo fin: hacer la guerra imposible, paralizar la política exterior agresiva, lo que significa la libertad de las naciones agrarias, la implantación del principio de libre disposición sobre el plano terrestre. La reivindicación socialista sobre el medio nacional es, por excelencia, una reivindicación antimilitarista, profundamente pacifista: su realización suprime, al mismo tiempo, el imperialismo económico y los conflictos armados que resultan.

La voz de orden de los países agrarios es: *Europa sin Europa*. Ellos quieren desarrollar sus industrias, adoptar las formas democráticas, pero todo por su propia voluntad y con sus propias fuerzas y esfuerzos. La Europa de progreso y civilización avanzada triunfa sobre ellos, pero la Europa agresiva, reaccionaria y bárbara es rechazada. La misma agitación interminable del gobierno soviético, su política tan utópica, tan aventurada, no tiene por móvil principal que esta misma tendencia: crear una industria nacional, liberarse de la hegemonía económica de Occidente. Esta es, en estos momentos, la corriente común, universal entre las naciones agrarias.

Cuando se habla de estabilización del capitalismo, es importante saber antes: ¿Cuál es el capitalismo que se tiene en vista? Estamos lejos de una estabilización del capitalismo imperialista y, por el contrario, éste ve surgir en su contra sobre todos los frentes luchas que aun no han terminado. La estabilización del capitalismo imperialista implicaría dos grandes acontecimientos: la derrota de la democracia en Occidente y la destrucción del movimiento nacional en Oriente.

Es la estabilización del capitalismo de la época de anteguerra, de su forma puramente industrial que tiene lugar; es sobre el terreno de ese capitalismo que la burguesía se ve forzada a sostenerse ahora. Dos tendencias, dos corrientes de ideas se aclaran dentro de esa categoría: una tiende a la consolidación, hacia la estabilización definitiva de esa forma de capitalismo. Los medios preconizados son: la Sociedad de las Naciones, la Federación económica de Europa, el arbitraje y otros medios pacifistas, políticos y económicos. La otra tendencia, bien que reconociendo temporariamente la forma industrial del capitalismo, se propone luchar enérgicamente para restablecer el capitalismo imperialista de anteguerra. La primera corriente es noble, pero utópica: podrá consolidar el capitalismo, pero su estabilización degenerará un día necesariamente en imperialismo, pues la naturaleza no le ha dado otro camino para su desenvolvimiento.

Es verdad que, con el fin de debilitar al imperialismo de Europa, se ha recurrido a la reconstrucción del capital; se ha visto al lado de la concurrencia del capital individual la unificación de este último, su concentración, la aparición de los monopolios sobre la esfera internacional. Pero como estas fuerzas formidables se encuentran bajo la dirección de la burguesía, ellas se vuelven, finalmente, contra los países agrarios, como se ha visto a menudo en China. Es más vale el imperialismo europeo unificado que está en tren de formarse. Es por ello que la democracia socialista no podrá permanecer en el terreno de la democracia burguesa y no podrá dar fe a su política utópica; al sostener sus reivindicaciones avanzadas tenderá a la supresión de la raíz misma del imperialismo, hacia la supresión del capitalismo.

La liberación de los países agrícolas crea para Europa una situación económica difícil. Bastará que aquéllos suspendan la entrega de sus productos a los europeos para que una crisis general y el hambre invadan Europa, mientras que el Occidente no está en condiciones de devolver el golpe al Oriente. Los países agrícolas pueden mantenerse por mucho mayor tiempo fuera de la economía de Europa que las nacio-

nes industriales sin el apoyo de la economía de los primeros. Estos ocupan una posición que les permite retroceder: ellos pueden conformarse con su propia industria, restringir sus necesidades, ya que no están habituados al "confort", en una palabra, le es más fácil soportar la reducción del nivel de vida que a los europeos. Es esta circunstancia que explica el mantenimiento del bolcheviquismo en Rusia durante tanto tiempo, mientras que en Europa, en todas partes donde se ensayó establecerlo, ha sido rápidamente rechazado y, en primer lugar, por el esfuerzo de los mismos obreros.

Así, entonces, la dependencia económica de Europa de los países agrícolas, de una parte, y la lucha de estos últimos por su independencia, de la otra, crean una situación nueva en Europa tanto como fuera de ella. La burguesía trató de hallar diversos remedios, reagrupando de nuevo sus fuerzas económicas y políticas dentro del marco capitalista; es en ese sentido que se realiza en el continente europeo una actividad positiva en los diferentes ambientes. Inglaterra, conocida por su espíritu de conservación económica, se conforma con el reagrupamiento de fuerzas políticas. Es así que la Conferencia imperial de 1926 decidió asimilar el estatuto de seis colonias británicas al de la misma Inglaterra, acordándoles la misma independencia en sus asuntos internos y externos; en cambio, Inglaterra vió cómo le acordaban privilegios económicos. En cuanto al rey, fué proclamado soberano común que personifica la unión de siete gobiernos. Por lo tanto, ella no es más que una solución temporaria; bastará que los gobiernos aliados reciban garantías para su seguridad, sea de la Liga de las Naciones, sea de otra institución internacional, para que los últimos hilos que los unen a Inglaterra se rompan y los Dominios se constituyan en repúblicas independientes.

Los conflictos internos que roen el Occidente son casi desconocidos en Oriente. El mundo agrario se levanta ante el mundo industrial como un block entero, con sus problemas económicos, sus necesidades distintas y su política. Las naciones agrarias no se consideran más como objeto de explotación de las naciones industriales. Ellas quieren ser dueñas de su casa. Sus aspiraciones sólo encuentran aprobación y sanción en una corriente europea: en la corriente socialista. Todos los demás partidos o corrientes políticas no reconocen la libre determinación de las naciones. Ellas se resignan después del hecho, cuando una nación haya conquistado su libertad por medio de luchas y guerras. La Internacional socialista, al contrario, trata de prevenir la erupción espontánea, el desencadenamiento de las fuerzas ciegas de la Historia; ella se es-

fuerza para dirigir el movimiento nacional por su camino libre y natural, lo que no sería perjudicial ni a este movimiento ni a Europa. La resolución sobre el problema colonial, adoptada en Bruselas, trata no sólo de naciones maduras sino también de naciones de civilización no desarrollada, proclamando como fin del socialismo "una educación sistemática, dirigida hacia la preparación de la independencia de esos pueblos".

Europa no logrará detener ese movimiento nacional espontáneo. La liberación de las naciones agrícolas del yugo de los países industriales es ineluctable. Y no queda a éstos si no un camino: reconocer la situación creada y adaptar las condiciones de su vida. La reorganización de Europa sobre una base nueva está al orden del día. Para que ella pueda ser no ya superficial y aparente sino profunda y eficaz, es menester que las fuerzas reconozcan el principio de que estando en marcha y realizándose sus reivindicaciones los dirigentes mismos deben propender activamente a su realización. Hablamos de los partidos socialistas. Pero también el pensamiento socialista atraviesa, en este momento, una verdadera crisis; está atado, igual que el pensamiento burgués, a un espíritu de oscilación, de búsquedas y tanteos. La opinión dominante sobre el papel del poder político es el principal síntoma de esta crisis. Nos bastará conquistar el poder para que desaparezcan todas las miserias sociales — éste es el pensamiento difundido en nuestras filas. Es gracias a esta creencia que la utopía bolchevique es acogida con fe en Europa, que Moscú es considerado como la Meca del socialismo y que por orden suya, el proletariado occidental se encuentra dividido en dos campos, lanzados uno contra otro. Los bolcheviques y los socialistas bolcheviquizantes profesan una misma idea: que *las relaciones políticas constituyen la base de las relaciones sociales y económicas* — tesis diametralmente opuesta a la del marxismo. La sana tesis del socialismo, al contrario, reconoce el papel subordinado del poder político, le señala los límites de su poder, eliminando los aspectos utópicos, incompatibles con la situación real. Esa apreciación de la política permite obtener de cada época, de cada etapa histórica, el producto que está en condiciones de dar. Los "políticos" puros, al contrario, creen no deber ensuciarse las manos con los asuntos corrientes, esperando en cambio la llegada del hermoso día de la conquista del poder para realizar, entonces, su ideal socialista. Y como nadie sabe cuándo llegará ese "hermoso día", el campo de acción es abandonado, en la espera, a la burguesía. Esta ideología se formó entre los socialistas des-

de hace mucho tiempo, desde el advenimiento de la burguesía, en la época en que esta clase que acababa de llegar al poder poseía efectivamente fuerzas creadoras progresivas y su actividad no trababa aún la marcha de la sociedad. Pero, trasplantar la política socialista de entonces en las condiciones actuales, en que la ideología y la clase burguesa se hallan en plena decadencia, es dejar la sociedad sin dirección, darle fuerzas a una clase trepidante para ponerle en sus manos un poder que no merece más.

En el curso de los últimos doce años hemos asistido al advenimiento de múltiples gobiernos socialistas, producto de movimientos revolucionarios o de elecciones, quienes, sin embargo, no llegaron a conservar el poder en sus manos; ellos se vieron forzados a cederlos a la burguesía. Para *Otto Bauer*, es la reproducción del viejo fenómeno histórico que debe ser considerado como una ley del desarrollo político, a saber: la República se fundó en todas partes por obra de los trabajadores, para caer, en seguida, en manos de la burguesía. *Renner*, al contrario, atribuye la reproducción, en nuestros días, de ese fenómeno a faltas en la táctica de los partidos respectivos. Ciertamente, *Bauer* tiene razón en tanto se habla del pasado; da la expresión de la realidad histórica. Mientras tanto la reproducción de esta realidad, ya pasada, en nuestros días, en circunstancias enteramente nuevas, donde la burguesía, habiendo ya llenado su papel progresista, se encuentra en estado de decadencia, no es más una necesidad histórica. Por eso la causa del fenómeno debe ser atribuída a la política seguida por los gobiernos socialistas, es decir, a las medidas políticas y sociales que ellos emplearon para inclinar hacia el socialismo a las grandes masas populares y, ante todo, a los proletarios y campesinos. Es que el socialismo ingenuo de la primera hora ata todavía la mente y nos impide seguir una política efectivamente popular.

Las realizaciones socialistas en el marco capitalista miradas con ojos escrutadores, caen forzosamente en un maximalismo verbal o también en un minimalismo estrecho. La República democrática es una institución excelente, pero para conservar la dirección de su gobierno en las manos de una democracia efectiva, hay que realizar la unión de grandes masas, de obreros y campesinos, sobre bases de sus comunes intereses. Pero el socialismo ingenuo aísla, por su utopía, al proletariado militante y siembra, al permanecer en el mismo lugar sin avanzar, la decepción entre las clases laboriosas, inclinándolas, así, hacia los campos adversos.

Nos encontramos, pues, ante un problema político de la

más grande importancia, a saber: ¿por qué medio es posible, de un lado, realizar la unión del proletariado bajo la bandera del socialismo y, de otro, vincular a esa bandera a las otras clases laboriosas? Para hallar los hilos que podrían unirlo, es necesario ante todo desembarazar el pensamiento socialista de todo utopismo y de lanzar por la borda, en la primera oportunidad, la creencia bolcheviqui: que es posible apoderarse de la fortaleza capitalista desde afuera, de golpe. Ella no puede ser tomada sino desde adentro, del interior del círculo del capitalismo, apoderándose de sus principales reductos y fortificándose. Los puntos de apoyo de la sociedad futura se encuentran en la sociedad actual, y la ocupación sucesiva de esos puntos es la garantía de la victoria final. A este respecto, no existe, para el porvenir, más que un camino: organizar la democracia económica para ayudar a la democracia política, poner la producción capitalista al servicio de las masas. La realización de la unión entre el obrero, el empleado y el campesino sobre el terreno de una economía democrática preparará los fundamentos políticos y sociales para el edificio socialista. Esta idea fué propuesta por los sindicatos profesionales, pero el pensamiento socialista primitivo se opuso a su propagación, como también a que ello fuera puesto como base de la política socialista. Nadie ha ocasionado tantos trastornos sociales como los bolcheviques. Pero ¿cuáles son los resultados? Comprometer el prestigio del socialismo en el imperio bolcheviqui, una economía bárbara y una tiranía descarada. Y ello se producirá siempre mientras la clase obrera no se fortifique con antelación en la economía democrática.

En los países industriales-agrarios, donde el proletariado no constituye sino una minoría de la población total, ninguna reforma proletaria podrá ser realizada o mantenida; si medidas correspondientes para las clases aliadas y especialmente para los campesinos no han sido también adoptadas. En los países industriales, donde el proletariado constituye la mayoría de la nación, pero donde el partido socialista no constituye más que una minoría (por ejemplo, Inglaterra 26 % sobre el 79 % que forma el proletariado en el país; Bélgica 41 % sobre 79) no podrá conquistar esta clase sino por grandes reformas sociales, realizadas en su favor. En cuanto a los países puramente agrarios, es en una medida aun más grande que los partidos socialistas se ven obligados a perseguir la democratización de la economía, si quieren tener influencia en el seno de los respectivos pueblos.

Por consiguiente, el problema de la reorganización de Europa, bajo la dirección o con la participación de socialis-

tas implica finalmente la cuestión de la realización de la unión política de las masas laboriosas con el proletariado militante y el establecimiento del poder socialista sobre una base eficaz.

Los métodos de lucha contra el capitalismo no pueden ser los mismos en la época de su nacimiento que en la de su decadencia. El objetivo principal del socialismo consiste, en nuestros días, en establecer los métodos que corresponden a esta última etapa del capitalismo y a organizarse enteramente en el mismo sentido. No sólo el Occidente, sino el Oriente también, el mundo agrario, está interesado.

N O E J O R D A N I A



Hay un medio de valer más para el hombre enérgico: trabajar más y mejor que los otros; hay muchos medios de valer más para el hombre débil: intrigar a los otros para que no suban, injuriarlos para deprimirlos, ponerles piedras en el camino de ir a más y fomentarles por todos los modos todos los medios de ir a menos. Desacreditar las altas realidades cuando no se tiene vocación por el trabajo y fomentar los "altos ideales".
—AGUSTÍN ALVAREZ, "Manual de Patología Política".